

En Galicia

EN GALICIA

LOS ÁRBOLES

Lo primero que nos sorprende al penetrar en Galicia, es la gracia riente del paisaje. Después de las secas llanuras castellanas, después de las rudas montañas leonesas, estos valles verdes, con huertas que parecen vergeles, con alamedas como paseos de parques, con sotos encantados, nos hacen creer que no hemos salido del centro de la dulce Francia. Pero de vez en cuando, un inmenso camelio todo cubierto de camelias blancas ó un magnolio gigantesco constelado de magnolias color de rosa, nos obliga á darnos cuenta de que realmente nos hallamos en la tierra de la perpetua primavera. En efecto, estos árboles floridos que son del tamaño de un roble y que tienen la gracia de un arbusto de invernadero, estos árboles que son como ramilletes para la boda de una Titana, estos árboles de una belleza casi artificial por lo inverosímil, estos

divinos árboles que son verdaderos milagros vegetales, no existen en Europa, sino en esta península. Aun en la otra, en la itálica, que, sin embargo, es patria de flores, son menos grandes, menos bellos, menos frondosos. « Los magnolios de España hacen llorar de entusiasmo » — decía Jean Lorrain, que sólo conocía Cataluña y Andalucía. ¡Qué hubiera dicho aquí, donde existen los más bellos ejemplares de la raza!

Pero no son sólo los árboles floridos, de una belleza femenina y aristocrática, los que en Galicia son admirables. Los negros encinos, los altos chopos, los temblantes álamos, los esbeltos pinos, tienen también una majestad armoniosa que no se les conoce en otros climas. ¡Y qué decir de los castaños con sus hojas recortadas y sus claros frutos redondos! Como un « leit motif » de la gran sinfonía verde, aparecen á la vuelta de cada recodo, en lo alto de cada colina, en el centro de cada valle. Desde la ventanilla del tren, los veo pasar, corriendo, en gentiles grupos que parecen buscar los sitios más armoniosos para colocarse. ¡Qué admirable ciencia decorativa la de estos árboles! El más hábil paisajista podría aprender en ellos el arte de la composición. No hay uno solo en la innumerable familia del castaño gallego que esté mal situado. En las márgenes de los ríos ó en los bordes de las rutas, en las laderas que suben por las montañas ó en el fondo de los barrancos, entre las parras clási-

cas ó en medio de los manzanos opulentos, en todas partes, en fin, los lindos árboles tutelares se agrupan ó se yerguen solitarios, ó se alinean en frisos temblorosos. Y en todas partes su gracia nos encanta.

— Ya los verá usted reflejándose en las rías — me dice mi compañero de excursión.

LA OBSESIÓN ARGENTINA

En los ferrocarriles, en las calles de las ciudades, en las aldeas, en el campo mismo, no hay medio de pasar una hora sin oír hablar de la Argentina. Galicia entera, parece un pueblo de argonautas cuyo toisón está del otro lado del mar, en la bella tierra que tiene un nombre que suena con una alegría de escudos blancos.

— Estas casas — le dicen á uno en Vigo, en Pontevedra, en la Coruña, señalándole las espléndidas construcciones de los barrios nuevos — son de unos que están en Buenos Aires...

— Estas huertas — aseguran los que pasan ante los vergeles de las aldeas — son de paisanos que han regresado ricos del Plata...

— Estos bancos no viven sino de los negocios con la América del Sur...

— Estas compañías de vapores no llevan más que emigrantes...

— Estos hoteles son para los que desembarcan de los barcos que vienen de allá...

— Estas tiendas son de los parientes de los que se han marchado...

Y uno llega á preguntarse qué era de esta región cuando aún no existía la República Argentina. Porque todos sus habitantes vienen de allá ó se preparan á ir allá; todos piensan en aquello; todos sueñan en las grandezas ultramarinas; todos han aprovechado, más ó menos indirectamente, la riqueza platense.

— Y no sólo la riqueza — me dice mi compañero, — no sólo la riqueza... también la cultura, también la libertad de espíritu, también el amor del progreso. Yo podría presentarle á usted millares de gallegos que lo sorprenderían á usted con su espíritu emprendedor, con su carácter abierto, con su inteligencia práctica. Todos ellos le parecerán á usted personas educadas en Londres ó en París por lo finas y lo activas. En realidad, no son sino los mismos pobres hombres que se marcharon un día sin zapatos y que después de veinte años de trabajo, de esfuerzos y de economías, se han hecho un capital material y un caudal moral. Á esos es á quienes se les debe, aquí todas las reformas importantes. Ellos son los que cultivan según los métodos modernos nuestras tierras millonarias. Ellos son los que rescatan los antiguos huertos históricos y sus castillos hidalgos, para embellecerlos con veneración. Ellos son los que dan el

dinero para crear las escuelas laicas y los hospitales higiénicos. Ellos son los que han dado valor á las granjas antes abandonadas y á los pueblos hasta ayer desiertos. Ellos, en fin, son los que han logrado salvar á Galicia entera de la más triste y más terrible de sus plagas, que era la de los usureros.

Estas palabras me hacen recordar una anécdota que me refirió uno de los plenipotenciarios españoles que acompañaron á la infanta Isabel á Buenos Aires para las fiestas del Centenario. Según parece, cada vez que la augusta señora hablaba cinco minutos con alguno de sus compatriotas establecido en la Argentina, decíale sin equivocarse :

— Usted lleva aquí muchos años.

Ó bien :

— Usted está recién llegado.

Al fin un día alguien, en confianza, preguntóle cómo hacía para adivinar tan certeramente los años que cada español llevaba allá.

— Verá usted — contestóle la infanta : — cuando me encuentro con gente despierta, culta, activa, entusiasta, me digo : « He aquí uno que ya ha tenido tiempo de afinarse ». Porque nosotros, aunque nos esté mal el decirlo, poseemos la materia prima humana, que es el hombre sano de espíritu y de cuerpo, pero necesitamos que otro país lo pula.

VILLAGARCÍA

Es la más linda villa del mundo. Suavemente recostada en las márgenes de la ría de Arosa, que es una taza de esmalte ante cuya belleza los lagos italianos palidecerían, diríase, con sus casitas blancas y sus alamedas verdes, una estación de voluptuoso descanso.

— « Elles sont trop belles pour travailler » — dicen los franceses hablando de ciertas mujeres.

Villagarcía no sólo es muy bella, muy bella, sino que además parece muy frágil, muy ligera, muy incapaz de todo esfuerzo. Su atmósfera es tan transparente, su cielo tan puro, su playa tan dorada, que formalmente diríase un juguete de Sajonia en un plato de Sévres.

Pero todo eso es la apariencia.

La realidad es otra, y es muy otra. ¡ Como que se trata de la ciudad más importante del mundo, así cual os lo digo, sin exageración ninguna! Considerad, en efecto, que sus habitantes no pasan de cuatro mil. Y ahora decidme si conocéis una villa tan pequeña que tenga lo que esta tiene, que produzca lo que ésta produce, que trabaje lo que ésta trabaja. En primer lugar, ya que es un oficio el periodismo, os diré que en Villagarcía hay un periódico diario, no tan importante como *The Times*, claro está, pero tam-

poco tan dejado de la mano de Dios que no pudiera figurar honorablemente en Madrid. Además de este diario que los chiquillos venden todas las noches en las calles, existen tres periódicos semanales. ¿Puede enorgullecerse de igual riqueza periodística otra villa de cuatro mil habitantes?

— ¿Tendréis por lo menos tres imprentas — le dije al amigo que me acompañaba por las calles de la población.

— ¡Cuatro! — exclamó indignado; — ¡cuatro!...

Y luego, irónico, agregó :

— ¿Qué diría usted si le enseñara esta misma mañana el doble?

— Diría — contestéle — que le toca una imprenta á cada quinientos habitantes.

— En todo somos así — concluyó con orgullo mi cicerone.

Es cierto, en todo, Villagarcía, es grandiosa. Sus oficinas de telégrafo se cierran á las doce de la noche, lo que en París no se ha podido conseguir aún. Sus bazares, son dignos de una gran capital. Sus tiendas están llenas de objetos de lujo. Sus fotografías son casi tan numerosas como sus imprentas. Sus hoteles, que son diez ó doce, todos tienen una mesa admirablemente servida.

¡ Y qué decir de los cafés! En Roma, según el corresponsal de *Le Temps* de París, no hay más que tres : el Aragna, literario y legendario;

el Greco, discreto y artístico, y el de la plaza Venecia, cosmopolita y mundano. En Villagarcía también hay tres. Y cualquiera de los tres es más grande que el más grande de Roma. Y en uno de ellos, desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada, hay una música que ameniza las partidas de dominó y que suaviza las discusiones políticas. En cuanto á los « bares » á la inglesa con sus altos mostradores de pino luciente y sus altos taburetes de mimbre, los bares en cuya puerta se leen nombres de whiskis irlandeses, de whiskis escoceses, de whiskis canadienses, de whiskis neoyorkinos, los bares claros y limpios, con sus camareros vestidos de blanco, los bares productores de cocktails irisados, son aquí seis, ocho, tal vez diez, que cierran sus puertas muy tarde. Porque los villagarcenses, son tan noctámbulos como los madrileños. En estos días autumnales en que las noches son tibias, hay grupos callejeros hasta que las primeras luces de la aurora comienzan á esmaltar las aguas de la ría.

¿Y los teatros? Tres hay. Y entre los tres uno, apenas terminado, podría muy bien compararse con cualquiera de los de París por la elegancia.

¿Qué otra población de cuatro mil almas puede enseñar lo mismo al viajero? Villagarcía, os repito, es, relativamente al número de sus habitantes, la primera villa de Europa.

GALLEGOS Y GALLEGAS

¿Dónde está el gallego pesado, triste, solemne y terco que hace reír á los niños con su hablar rudo, con su andar tardo y con su comprender difícil?... ¿Dónde está el gallego de los chascarillos, el pobre gallego que se deja engañar por todos, que no piensa sino en guardar avaramente los ochavos ganados á duras penas, que casi no entiende lo que se le dice y que tiene unos pobres ojos espantados?... ¿Dónde está el gallego callado y sórdido, el gallego que trabaja como una bestia y que luego se inmoviliza en su rincón miserable; el gallego de los aires de gaita llorona, el triste gallego de todas las morriñas y de todas las tonterías?... ¿Dónde está, en fin, el gallego legendario?... En Madrid, en las zarzuelas, se le ve todos los días ejerciendo de mozo de cordel ó de ministro, siempre cómico en su seriedad, siempre grotesco en su lenguaje, casi siempre ridículo de aspecto. Pero aquí, en la realidad, por más que lo busco, no logro encontrarlo. Encuentro, sí, al gallego humilde, que trabaja en el campo ó en el puerto, que hace alarde de su fuerza tranquila y que pena bajo el sol sin quejarse. Encuentro también en las ciudades al gallego de la burguesía, dependiente ó funcionario, capitalista ó industrial modesto, siempre atento, siempre

limpio, siempre activo. Encuentro asimismo al gallego intelectual y cosmopolita, joven por lo común, muy joven y muy culto, lector entusiasta de libros franceses, filósofo y artista á la vez, curioso de todo y de todo enterado. Encuentro, á la postre, al gallego aristócrata que vive en sus « pazos » ó en su « torre », entre piedras centenarias, en algún lindo rincón de viñas y de castaños, contemplando sin amargura los campos en los cuales alguno de sus antepasados se distinguió luchando en las filas del duque de Lancaster, del rey de Portugal ó del príncipe-obispo de Santiago. Y á decir verdad, en todas estas clases sociales, lejos de ver motivo para que los madrileños rían, véolo para que envidien. Porque tanto el campesino como el burgués y tanto el intelectual como el aristócrata es aquí muy superior al de Castilla, muy superior al de todo el resto de España. Los nombres de Emilia Pardo Bazán, de Alfredo Vicenti, de Valle Inclán, de Murguía, de Linares Rivas, de Carracido y de otros muchos, muchos, que figuran en primera línea en las avanzadas de la cultura española, demuestran lo fecunda que es esta tierra en fuertes cerebros. Pero no es la « élite » lo que me sorprende en la Galicia real donde ahora me encuentro, sino la generalidad de la gente, tan distinta de su caricatura, que no acierto siquiera á darme cuenta de la causa de la deformación que el tipo ha padecido al pasar de lo vivo á lo pintado. ¿En

dónde han encontrado los fabricantes de zarzuelas y los hacedores de chascarrillos su « auvergnat » español tan pesado, tan obtuso y tan risible como su colega el « auvergnat » francés?... ¿Dónde han oído esas frases siempre terminadas en ú, esos acentos siempre llorones, esas coplas nostálgicas siempre pueriles?... Yo, por mi parte, no hallo aquí sino un pueblo claro, que sabe trabajar y reír, que habla armoniosamente, con un tono musical muy parecido al de América, que comprende todo, que de todo se ocupa con inteligencia, que de todo charla con buen sentido y con noblegracia.

LAS HERMANAS ENEMIGAS

Hace tres ó cuatro años el municipio de Pontevedra me honró nombrándome gallego adoptivo. Y esto bastó para que un amigo á quien le comuniqué mis intenciones de ir á pasar un par de días á Vigo, exclame :

— ¡No vaya usted !

— ¿Por qué? — le pregunto.

— Porque si saben que usted es de Pontevedra, aunque no sea sino en calidad de ciudadano honorario, le echarán á usted á la ría. El odio entre viguenses y pontevedrinos es secular. Pero ahora se ha avivado aún más con motivo de las fiestas de la aviación. ¿No se ha enterado usted?

— No — le contesto.

— ¡Parece mentira! — dice mi amigo.

Y luego, alzando la voz cual si fuese madrileño, me explica la gravedad del conflicto. Pontevedra, según parece, había contratado á un aviador francés llamado Garnier, para que volara durante tres días. Aprovechando la oportunidad, Vigo quiso á su vez contemplar á un pájaro humano y ofreció dos mil duros al aviador para que en acabando sus evoluciones por el espacio pontevedrés fuera á volar en éter vigués. « De mil amores » — dijo Garnier. Mas apenas los de Pontevedra se enteraron, acudieron al gobernador de la provincia y obtuvieron que en virtud de una ley en vigor, su excelencia prohibiera al francés que volara en Galicia cuando terminara su contrato en Pontevedra. Al enterarse Vigo de esto, sintió que su dignidad estaba gravemente comprometida. El pueblo se lanzó á la calle prorrumpiendo en gritos amenazadores contra el gobierno. El municipio entero puso su renuncia. Los funcionarios abandonaron sus puestos; los jueces no quisieron abrir sus audiencias; la huelga de empleados fué completa. El gobernador de la provincia, empero, no quiso volverse atrás y mantuvo su prohibición. Entonces, para probar que en todo son más grandes, más ricos, más poderosos y más modernos que sus vecinos, los viguenses llamaron por telégrafo al rey de la aviación. Y desde hace tres

días, Vedrines, el inmortal Vedrines, vuela en Vigo, mientras en Pontevedra vuela el invicto Garnier.

— Supongo que con esto todo el mundo estará contento — le digo á mi amigo.

— ¿Contento? — grita. — ¿Cómo va á estar contento nadie! Los de Pontevedra están furiosos porque creen que el gobierno no debía haber dejado venir á Vedrines. En cuanto á los de Vigo, han jurado que en cuanto un ciudadano de Pontevedra se presente en su ciudad lo echarán al agua.

La anécdota, tartarinesca y sabrosa como si un Alfonso Daudet la hubiera inventado, hace reír á los extranjeros que veranean en Villagarcía. Pero á los gallegos serios que ven las cosas sin pasión local, lejos de regocijarlos, los apena y los preocupa. Pontevedra y Vigo, en efecto, son un perpetuo peligro para la concordia de la región. Orgullosa la primera por ser la capital de la provincia y tener un gobernador y una infinidad de magistrados y de funcionarios, y de caciques, contempla con desdeñosa insolencia á la segunda. Vigo, por su parte, sintiéndose rica, viendo su puerto lleno de vapores, oyendo el sonido de su oro, búrlase de su vecina. Y esto no sólo no tiene trazas de acabar, sino que cada día se agrava más. Como niños grandes, los habitantes de las dos ciudades rivales se pasan la vida tratando de molestarse.

— No se figure usted que sólo la gente ligera ó ignorante de Vigo y de Pontevedra está animada de ese localismo hostil — me dice mi amigo. — Aun la gente más sensata, aun la gente más seria, aun la gente más fría, participa del estado de ánimo popular. ¡Qué digo! El clero mismo, que debiera tratar de calmar los espíritus, toma parte en la perpetua lucha.

PONTEVEDRA Y VIGO

Nada tienen, no obstante, que envidiarse las dos hermanas enemigas. Viviendo cada una su vida, podrían ambas ser felices á su modo. Porque aunque situadas en la misma provincia, aunque colocadas en una misma costa, aunque bañadas por el mismo mar, tienen dos almas distintas. Una, Pontevedra, es una soñadora, una enamorada de las imágenes, una adoradora de la tradición. La otra, Vigo, es un pueblo de prosa. Pontevedra se ve en las aguas de su ría y encontrándose bella, de una belleza casi sobrenatural, se embriaga de orgullo. Vigo no tiene tiempo de pensar en contemplar su imagen, ni tiene donde mirarla, porque los barcos enturbian perpetuamente las linfas de su puerto. Pontevedra adora la política y tiene en su recinto diez ex ministros que se entretienen en organizar mítines y banquetes, y en preparar

elecciones y en pronunciar discursos. Vigo lo que tiene es banqueros, y armadores, y comerciantes; y en vez de oír el ruido de las palabras, complácese en escuchar el retintín de los escudos de oro. Pontevedra es todo fantasía y Vigo todo positivismo. Pontevedra vive en una perpetua ebullición de ideas sociales generosas y de espléndidas utopías políticas, á la manera de todas las ciudades atenienses, mientras Vigo, que se acuerda de haber sido fundada por los fenicios mercaderes, lleva una existencia de labor, de esfuerzo y de realidad. Pontevedra se contenta con ser hermosa. Vigo quiere ser poderosa. La ría de Pontevedra, es como un lago italiano en el cual se oye el murmullo rítmico de los remos. La ría de Vigo es un « havre » de hierro que sabe ya mezclar el humo negro de sus barcos, á la manera de Liverpool, con los vapores blancos de sus nubes. Pontevedra podría ser la hermana bonita y Vigo la hermana práctica. Y juntas, muy unidas, completándose la una á la otra, debiera formar la más admirable pareja.

— En todo caso, no vaya usted á Vigo — dice mi amigo.

LA GRANDEZA DE VIGO

No voy á Vigo, pues... Mi título de ciudadano de Pontevedra me aleja del gran puerto. Pero el gran puerto viene á mí con sus riquezas y sus

esperanzas. Me lo trae, confraternalmente, un publicista de esos que saben ser elocuentes con las cifras, el señor Ruiz Conejo.

— Véale usted y dígame si no es admirable — exclama.

— ¡Sí que lo es! — le contesto.

Y, en efecto, es admirable de actividad, de sentido práctico, de confianza en sí misma, de intenso entusiasmo, de seguridad en su adelanto. Sus progresos son estupendos dentro de España. Hace cinco lustros; el número de las personas que se embarcaban y desembarcaban cada año en su puerto, no pasaba de cinco mil. Hoy su movimiento de pasajeros es de sesenta y tantos mil. « Es decir — apunta Ruiz Conejo, — que sumado el movimiento de Cádiz, Santander, Málaga, Bilbao y Valencia, se necesitarían aún algunos millares de pasajeros para acercarse á tal cifra. » En punto á tonelaje también ocupa un lugar que ni la misma Barcelona puede disputarle. En 1910 entraron en sus aguas cerca de ochocientos vapores transatlánticos, lo que tal vez parecerá poco en Buenos Aires, pero que es mucho en la península.

— Y eso que aun no tienen el puerto que debieran tener, que necesitan tener y que pese á la incuria oficial tendrá un día no muy lejano — exclama el señor Ruiz Conejo.

Y agrega :

— « Si hubiera en España opinión en materias

marítimas y si la gente de tierra adentro conociera, estudiara, se ocupara de estas cosas, el puerto que Vigo anhela estaría ya hecho, porque ese puerto no es sólo el de Vigo, sino el de España entera en el Atlántico. Precisamente la revolución operada en la ingeniería naval, que tiende cada vez á construcciones mayores, da á la bahía de Vigo condiciones para colocarse á la cabeza de los puertos del mundo, con muy poco dinero, relativamente, que en él se gastara. Treinta ó cuarenta millones de pesetas, empleados en grandes dársenas, grandes grúas y grandes almacenes, harían afluir á Vigo transatlánticos en número superior al de todos los puertos de Europa. Téngase en cuenta que la extensión del fondeadero á la entrada es 10 millas, y que ahora mismo, cerca de los muelles hay 12 ó 13 metros de calado; téngase en cuenta que ésta es, precisamente, la preocupación de los marinos de todos los países, por el aumento incesante de tonelaje en los buques. Actualmente existe un nuevo proyecto, debido al ingeniero Sr. Castell. Su costo será de 50 millones de pesetas. Comprende un gran muelle de viajeros, que en bajar tendrá 14 metros de calado con 150 metros de línea de atraque, por 120 de ancho. En él habrá una estación, desde la cual podrán los viajeros salir para su punto de destino.»

Mientras España se decide á construir este puerto, Vigo hace lo que puede por engrande-

cerse. Su población aumenta día por día. La ciudad se transforma, se engalana, se amplía. Cada año se ven alzarse nuevas chimeneas humeantes de grandes fábricas establecidas sin ayuda de extranjeros. Sus teatros son varios y son bellos. Sus hoteles pueden rivalizar con los de Burdeos y son muy superiores á los de Madrid. Sus cafés llenos de gente, hacen ver la animación creciente de la población.

— Lo único que no tiene Vigo — dice con orgullo Ruiz Conejo — es plaza de toros. En eso, no parecen españoles los gallegos. El espectáculo cruel y salvaje de los caballos destripados, les repugna.

En seguida el mismo publicista agrega :

— Lo que costaría un circo taurino, lo emplea Vigo en paseos. La alameda, frondosa, con lindos jardines y dos monumentos á Curros Enríquez y Méndez Núñez y el Malecón, sobre la incomparable bahía, que se divisa en toda su grandeza desde las Cíes hasta el lazareto. Pero esto no basta á la gran ciudad, y proyecta el más bello parque que nadie pudo concebir. Gestiona la adquisición del monte del Castro, que por artes mágicas pasó de ser propiedad del ayuntamiento á pertenecer al ramo de guerra. Conseguida, hará un parque que, comenzando á espaldas de las últimas casas, llegará hasta la cumbre. Sobre ésta se levantará un gran edificio, restaurant, casino y hotel para veraneantes. Sólo los que

conozcan Vigo, los que á la cumbre del Castro hayan subido, pueden formarse idea del incomparable panorama que desde ella se divisa.

Cuando estuve en Vigo, hace tres años, lo que más me sorprendió fué el número de grandes casas que se construían en sus calles nuevas. « Esta gente — pensé — quiere hacer una ciudad nueva en unos cuantos meses, para no tener luego que pensar más en eso. » La verdad es que aquello que yo vi no era sino el principio de un movimiento de edificación general que en seguida se ha extendido por todos los barrios de la localidad. Con su habitual precisión, mi cicerone me asegura que á principios de este año había 164 edificios en construcción. Ahora ya todos deben estar terminados, pero otros tantos habrán comenzado á elevarse. Porque los viguenses son, en esto, iguales á los franceses, que desde tiempos inmemoriales pasan en Europa por tener la locura de la edificación.

Lo que no me dice Ruiz Conejo, es que gran parte de este oro que aquí se gasta en palacios, en teatros, en paseos, viene de la República Argentina. Pero con sólo dar un paseo por las calles de Vigo lo nota uno. Á cada paso, la eterna frase sale de labios de quien nos acompaña :

— Esto es de uno que está en Buenos Aires...
Esto es de uno que ha hecho fortuna en América...